

Realidad realizada
(De la biblioteca de Francisco Ayala)

Carolyn Richmond

Al jubilarse Francisco Ayala en 1976 de su cátedra universitaria en Nueva York para instalarse (¡por fin!) de modo permanente en el piso madrileño que él había adquirido poco después de su vuelta a la *ingrata patria* en 1960, iniciando así la última y más fructífera fase de su *reintegración* a ella, tuvo que afrontar algo a lo que tememos todos: la terrible mudanza, una experiencia tan ingrata como inevitable... En su caso se trataba de dejar un modesto apartamento ubicado en el número 54 oeste de la calle 16—lugar de partida, por cierto, de su escrito “Inquisidor y rabino”^{*}—que había alquilado ya a mediados de los años cincuenta y donde se almacenaba, como es lógico, junto con las pertenencias domésticas de la familia, la biblioteca del escritor peregrino: una colección de volúmenes, en parte recién adquiridos, entre los que se encontraban otros más antiguos—auténtico tesoro bibliográfico—que había conservado cuidadosamente desde los tres primeros lustros del exilio hasta el momento en cuestión. (Para un testimonio del papel que han desempeñado las bibliotecas en su vida, e información acerca del destino último de la que hubo de abandonar en España antes de salir al exilio, se puede consultar el capítulo “De vuelta en casa”, de sus *Recuerdos y olvidos [1906-2006]*.)

Tengo todavía grabada en la memoria aquella escena: el solitario profesor sentado en una silla, rodeado de cajas vacías y medio vacías, y mirando con cierta desolación los estantes llenos de interminables filas de libros que, uno por uno, había que examinar antes de decidir si había que guardarlo en una caja o desterrarlo a la pila, cada día más alta, de libros a donar. Daba pena verlo, y sin embargo—según demasiado bien lo sabemos por experiencia común los amantes del libro—sólo él pudo decidir la suerte de cada uno de ellos, decidir acerca de lo acumulado en esa casa a lo largo de

más de dos décadas... Lo recuerdo bien: desde mi casa en Brooklyn, donde estuvo alojado él, tomaba todos los días el metro a Manhattan para hacer frente a aquellas *verduras de las eras* que habían ido juntándose y que ahora requerían, urgentemente, ser desherbadas. Optó por conservar—así me lo había comunicado—toda aquella parte de su biblioteca que, o bien tenía algún significado personal para él (ediciones de libros propios; obras dedicadas, etcétera), o bien pudiera servirme a mí en mi propia carrera profesional. Tal era su criterio. Embaló luego, cuidadosamente, todos esos volúmenes, algunos llevados desde Buenos Aires o bien de Puerto Rico, otros adquiridos en Estados Unidos, en aquellas cajas traídas del supermercado del barrio, y los hizo enviar a mi casa, en cuyo sótano habían de quedar, tal como estaban, hasta que por fin me mudé algunos años después a un piso de Manhattan donde había mandado construir unas estanterías para mis propios libros así como, en un espacio separado, los de Francisco Ayala.

Sólo entonces, al abrir aquellas cajas, pude darme plena cuenta de la magnitud del tesoro que contenían: junto con una espléndida colección de textos clásicos de creación así como de crítica literaria había primeras ediciones dedicadas de escritores contemporáneos suyos, tanto latinoamericanos como españoles exiliados; otras de obras propias; fotocopias y separatas... (Muchas de esas primeras ediciones, que hace poco—estábamos rodando en Nueva York unas secuencias del documental de Javier Rioyo, *La ilusión perseguida*—fueron traídas a España en dos pesadas maletas por Luis García Montero, comisario del recién clausurado centenario, para la gran exposición que fue montada, primero en el Hospital Real de Granada, luego en la Biblioteca Nacional de Madrid, pertenecen ahora en Granada a la Fundación Francisco Ayala.) Me ayudó a colocarlos Ayala, quien iba entreteniéndome con detalles acerca de algunos que tenían para él un significado especial. Recuerdo que en un estante de arriba, a la derecha y en un espacio aparte, fuimos ordenando cuidadosamente, junto con una edición especial de dos tomos encuadernados en pasta azul descolorido, los ejemplares sobrantes, amarillentos ya, de los seis volúmenes sueltos de *Realidad. Revista de ideas*, que había sido fundada, y en efecto dirigida, por Ayala en Buenos Aires entre 1947 y 1949, año este en que él había resuelto abandonar aquella ciudad para hacer vida nueva en la isla de Puerto Rico.

Fue entonces la primera vez que vi yo, físicamente e íntegra, la mítica revista a la que en años sucesivos oíría en España numerosas referencias elogiosas por parte de personas—incluso especialistas—que jamás le habían puesto los ojos encima... Esta joya bibliográfica, cuya importancia en el pensamiento occidental (excluida, claro está, el de la España franquista) de finales de la década de los cuarenta no me toca a mí en esta breve remembranza ponderar, constituyó—en seguida me di cuenta—una de las labores intelectuales de que se sentía, y sigue sintiéndose, más satisfecho Francisco Ayala. Me resolvía en aquel momento ocuparme en el futuro de su reimpresión y difusión en el mundo de habla española.

Son retos que nos hacemos, aún desconociendo—como desde luego desconocía yo—lo que en el futuro nos espera, pues ¡a quién se le hubiera ocurrido por entonces (estoy hablando de finales de los setenta) que unos veinticinco años después se celebraría nada menos que el centenario del escritor Francisco Ayala! Guardaba yo, según ahora me parece, una especie de deseo de venganza, o bien—para ser más positiva—unas ganas, quizás, de reparación: un *¡ya lo verán!* que quedó allí, junto con los volúmenes casi ocultos cuya existencia durante años no mencioné a nadie. Y cuando por fin, parecía que se veía en perspectiva la celebración del centenario del progenitor de *Realidad*, la traje en una maleta a mi casa madrileña y la encerré, intencionadamente—fuera de la vista de bibliófilos dados a curiosear—en el armario de mi biblioteca. Ya en el año 2004, mucho antes de establecerse ninguna comisión oficial, estaba convencida de que mi proyecto prioritario para el centenario de Francisco Ayala iba a ser la publicación de una edición facsimilar de la revista *Realidad*.

Busqué posibles editores. Primero a través de Internet, que es donde, como es sabido, hoy en día hay que empezar. Finalmente, y gracias siempre a las diligencias de nuestro magnífico amigo Luis García Montero, *Realidad* encontró *su* editor en la persona de Abelardo Linares, director de la sevillana editorial Renacimiento, quien, apoyado por el Ministerio de Cultura así como por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la Fundación Francisco Ayala, acogió con entusiasmo este proyecto. Nunca mejor gastado, creo yo, dinero designado para la celebración de un centenario.

Textos publicados en el suplemento “Especial *Realidad*” de la sección Actual – Letras Hoy
del diario *Granada Hoy*, el 29 de noviembre de 2007

A mí me gusta alardear de haber sido la *madrina* responsable de la presente, y merecidísima, realización de *Realidad*; lo cierto es que quizá hubiera ocurrido aun sin mi intervención. Con ello se cierra, definitivamente, la relación circular que ha tenido Francisco Ayala para con su país natal, España.

*Incluido en *El tiempo y yo, o El mundo a la espalda* (Visor Libros, 2006) y *De mis pasos en la tierra* (Punto de Lectura, 2006).

***Realidad*: una revista de contra-exilio (o contra el dogmatismo de los sedentarios)**

Milena Rodríguez Gutiérrez

En su hermoso libro *El sol de los desterrados*, Claudio Guillén reflexiona sobre dos modelos de exiliados, los ovidianos (nostálgicos, afligidos, negativos) y los de espíritu cínico-estoico, más cercanos a aquellos filósofos griegos, que escriben, no *en* el exilio, sino *desde* el exilio, distanciándose de éste como motivo. Estos últimos son, sugiere Guillén, contra-exiliados.

Podría decirse, siguiendo a Claudio Guillén, que *Realidad* es, en cierto modo, más que una revista del exilio republicano español, una revista de contra-exilio. Sus fundadores y directores de facto, Francisco Ayala y Lorenzo Luzuriaga (también de alguna manera su director sobre el papel, Francisco Romero) no olvidan sus orígenes, pero los conciben inmersos en unas coordenadas más anchas. Son exiliados que acaso habrían hecho suyas las palabras de Epicteto: “¿El destierro? ¿Y a dónde puede alguien desterrarme? Fuera del mundo no puede”. *Realidad. Revista de ideas* es resultado de este punto de vista, de esta sensibilidad de sus creadores. Precisamente esta sensibilidad fue, creo, uno de los elementos fundamentales para que la revista se convirtiera en una de las más importantes de su tiempo, la etapa mundial de posguerra.

Y es que una de las características que más llama la atención al leer desde el presente esta revista bimestral, que editó 18 números y se publicó en Buenos Aires, Argentina, entre 1947 y 1949, es precisamente su voluntad integradora, cosmopolita, ambiciosa. No por gusto titula Luis García Montero su excelente y exhaustivo prólogo a esta muy cuidada edición facsimilar que ahora aparece en Renacimiento, “La aventura de pensar el mundo”.

Realidad es, así, una revista de pensamiento, pero de un pensamiento que no permanece estático, anclado en una idea, ni en un lugar, ni siquiera en una forma o en

un género. Hay una gran pluralidad en esta revista. Encontramos artículos, muchos brillantes, casi todos notables o de alto interés, sobre Filosofía, Política, Pedagogía, Arte, Literatura; sobre la Cultura, en fin, en su sentido más amplio. Hay trabajos que giran en torno a Europa, a Estados Unidos, a la Unión Soviética de entonces, a España, a América. También es plural el propio concepto sobre la realidad propuesto en la revista, que abarca, como dejan claro los editores desde el primer número, los hechos y las ideas, pero también los sueños, la idealidad, la utopía. *Realidad* es, pues, una revista que anda, que se mueve (un *ser viviente*, la llaman en su primer editorial sus fundadores), que podemos reconocer creada (para decirlo parafraseando a Bertrand Russell en un artículo que en ella leemos) “contra el dogmatismo de los sedentarios”, esos que no quieren moverse de sitio, de idea, de forma.

Para sostener esta realidad plural, la revista se apoyó en figuras de primera fila en sus respectivos saberes, y ese es otro de los rasgos que la hacen de sumo interés para los lectores de hoy: hallar en ella artículos, estudios, ensayos, de Bertrand Russell, Ferrater Mora, Sartre, Cortázar, Borges, Heidegger, Eduardo Mallea, Virgilio Piñera, Salinas, Guillermo de Torre, Américo Castro, Ernesto Sábato, Ricardo Gullón, Toynbee, Gaos, José Luis Cano, Chacón y Calvo, Eliot, Juan Ramón, Rosa Chacel, Alfonso Reyes o el propio Francisco Ayala.

Ayala, que fue, como él mismo ha contado en sus memorias y en otros lugares, el principal artífice de la revista, se mantuvo en ella, sin embargo, en un papel secundario como autor. No obstante, *Realidad* nos ofrece también a los lectores la posibilidad de encontrarnos, o reencontrarnos, con algunos de sus textos; por ejemplo, con uno de sus relatos más emotivos, “El Tajo”; o con su agudo trabajo en defensa de Cervantes, “La invención del Quijote”, publicado en el magnífico monográfico que la revista dedicó al autor de *La Galatea*; o con su reseña sobre la novela *Nada*, de Carmen Laforet; o con sus escritos a propósito de la polémica que sostuvo con Claudio Sánchez de Albornoz sobre el nacionalismo español.

La lectura de la revista supone un provecho especial para españoles y argentinos, también para latinoamericanos e iberoamericanos en general; por los autores y temas abordados, por el acento en la perspectiva hispánica, por la posibilidad de presenciar desde los textos cómo se llevó a cabo la comunicación entre los exilados republicanos y

los que permanecieron dentro de España (son muy ilustrativas, en este sentido, las colaboraciones de Ricardo Gullón y José Luis Cano sobre la actualidad literaria española, escritas desde España). Como escribe García Montero, *Realidad* “quiso facilitar [...] un paulatino diálogo con los escritores del interior”. Para los latinoamericanos, todavía hoy, o quizás hoy más que antes, resulta edificante y esperanzadora la idea lanzada en el primer editorial de la revista sobre el papel central reservado tal vez a América, a la América hispánica, en el que fuera el principal propósito de *Realidad*: “la necesaria extensión, al mundo entero, de los principios, modos y normas de la cultura de Occidente”. Una extensión que no se concibe, sin embargo, como imposición, sino como propuesta. Este propósito, tanto como el método sugerido para lograrlo, continúan, sin duda, proporcionando vigencia a la revista, dotándola de actualidad en un mundo con muchas similitudes a aquel de la posguerra, asediado por los totalitarismos de la ideología y de la técnica y por las soluciones violentas o descafeinadas: por los dogmas, en definitiva, de los sedentarios.

Escribía Eduardo Mallea en el artículo que abre el primer número de *Realidad*: “cultura es lo que los libros dicen” [...] y lo que dejan de decir pero quisieron decir”, “cultura es lo que no triunfa sino después, cultura es espera”. Bienvenida esta *Realidad* publicada por fin en España, más de 50 años después de creada. Una *Realidad* que podemos ahora leer también como de hoy, como si la espera no hubiera hecho otra cosa que confirmarla en su condición de revista de cultura, de alta y grande cultura.

Ideas para una realidad en tránsito

José Antonio Pérez Tapias

Nuestras ideas sobre la realidad forman parte de la realidad misma. Y si además son pertinentes, por responder a lo que en el momento histórico está en juego, y logran insertarse en una bien trabada argumentación, pueden desplegar una potencia transformadora nada despreciable. Desde convicciones como éstas, y durante su exilio en Buenos Aires, puso Francisco Ayala todo su empeño en impulsar una publicación que, durante tres años (1947-1949), albergó en sus páginas la reflexión crítica que su denominación anunciaba: *Realidad. Revista de Ideas*. Ubicándose entre los hechos y las ideas que, como decía el editorial del primer número, “componen la maraña de lo real”, la revista nació para tratar de comprender el mundo nacido tras la II Guerra Mundial, en una época que dejaba atrás un tiempo llegado a su fin. Desde el vértigo de ese tránsito, “el hombre al día”, como escribe Ayala, necesita replantearse su vida críticamente, sin autoengaños.

En las páginas de *Realidad* habían de darse cita autores de diversa procedencia. Destaca la presencia de escritores iberoamericanos, argentinos (Mallea, Sábato, Cortázar, Carmen Gándara...) y otros de diferentes países de América, así como españoles exiliados en aquellas tierras. Junto a ellos, por la voluntad cosmopolita de la redacción, encontramos figuras de máxima relevancia en el panorama intelectual de entonces. La pretensión de producir una revista de pensamiento expresado en castellano se compaginaba perfectamente con la apertura que en esa nómina de colaboradores se reflejaba. A todos unía el interés en torno a cuestiones fundamentales planteadas por un mundo en cambio.

La preocupación por el futuro de la cultura occidental, cuando su expansión planetaria venía a coincidir con su más profunda crisis, era el aglutinante de quienes cooperaron en este proyecto. Además de los cuestionamientos que recaían sobre la cultura occidental debido a la barbarie desatada por ella misma en todo aquello que desembocó en la II Guerra Mundial, la crisis detectada en el momento de la mayor unificación del mundo se apreciaba vinculada al desarrollo de una potente tecnología que se revelaba con una gran ambivalencia: portadora de posibilidades positivas, pero a la vez cargada de riesgos, algunos de los cuales ya habían pasado de la fase de meras amenazas. Basta recordar las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki. El artículo “Sobre la civilización contemporánea: Técnica y civilización”, de Ferrater Mora, es un magnífico análisis de los excesos tecnocráticos que se vislumbraban como riesgo para la civilización. Pesimista al respecto se mostraba Toynbee en unas páginas muy expresivamente tituladas “La civilización puesta a prueba”. Para la profundización en la problemática epocal aparece la primera traducción al castellano de la “Carta sobre el humanismo” de Heidegger, donde el filósofo penetra hasta las raíces de la dominante razón tecnológica para situarlas en la misma matriz de la metafísica occidental, cuyo humanismo no deja de responder a la voluntad de autoafirmación de un sujeto que, frente a todo objeto, se quiere soberano.

Con todo, la recuperación del humanismo es lo que rastrea Kerényi en “El humanista en la encrucijada”. Es el humanismo que destilan las propuestas del pedagogo socialista Lorenzo Luzuriaga, impulsor con Ayala de la revista, destacando su defensa de la libertad de enseñanza junto al papel del Estado en el sistema educativo. No cabe dejar de mencionar la aportación de Bertrand Russell, “Filosofía y política”, empapada de humanismo en su defensa del liberalismo –compatible con un socialismo democrático–, en las primeras páginas con que *Realidad* asomó al mundo.

Desde el observatorio argentino, Francisco Romero, director de la revista, se preguntaba cómo ir más allá del positivismo que tan importante papel jugó en el pensamiento latinoamericano (“El positivismo y la crisis”). Frondizi abordaba una delicada cuestión bajo este interrogante: “¿Hay una filosofía iberoamericana?”. Respondiéndola con un discurso sin hipotecas nacionalistas formulaba reflexiones parecidas a las de Rosa Chacel en relación al cine en “Lo nacional en el arte”.

Venciendo todo asomo de añoranza paralizante no falta en *Realidad* la reflexión sobre la situación de España y la relectura de su historia. Ahí está el debate entre Sánchez Albornoz y Ayala a lo largo de diversos números en torno a “un destino controvertido”. El nihilismo de posguerra lo trae Ayala a colación en su reseña de *Nada* de Carmen Laforet. Lugar destacado ocupa el número dedicado a la obra cumbre de Cervantes, con artículo de Américo Castro y otro texto ayaliano sobre “La invención del Quijote”, donde la situaba en la arista entre el medievo y la modernidad, tan condicionada en España por la Contrarreforma.

Recorrer las páginas de esta revista profundamente iberoamericana, como atestigua Ferrater Mora en “Digresión sobre las grandes potencias”, es un placer intelectual no exento de revulsivos impactantes. Es el caso del valiente escrito de Sartre sobre “¿Qué es literatura? Entre burguesía y proletariado”. En él, salvadas las distancias, puede encontrarse un antecedente de “Para quién escribimos nosotros”, donde Ayala, en 1949, abordó la espinosa cuestión de la relación entre autor y público en el caso de los escritores del exilio español. Las reflexiones para una realidad sometida a profunda transformación que Ayala contribuyó a hilvanar desde la revista que ahora se reedita en facsímil ya adelantaron su respuesta a tan crucial pregunta.